

II
1.—Dejemos por de pronto, señores, el recinto del llanto y voguemos por la grandeza del Pontificado de Pio IX. ¡Sí, que al cabo para los católicos en el caso presente nuestro duelo va mezclado de dulcísima alegría! Al través de los crespones funerarios de la muerte y de los pálidos mármoles del sepulcro columbramos los resplandores de gloria inmarcesible....!

—Pio IX Pontífice!.... Señores, aquí mi inteligencia se siente perdida en la inmensidad! ¿Qué puedo yo decir de ese Pontificado cuya larga duracion llena los dias de mi vida! Ah! Esta es mi dicha y á la par mi pena! Mi dicha, porque contemporaneo yo de Pio IX, mi espíritu ha tenido ocasion de vivir sumergido constantemente en lo maravilloso! Mi pena, porque quisiera pintar con mi palabra esas maravillas en toda su belleza, y tal pintura se escapa á mis pobres esfuerzos! Y sin embargo es necesario hablar! Sea, pues, de la manera que pueda!

Ante todo, señores, voy á hacer una advertencia. No esperéis encontrar en el desarrollo de mis ideas un orden cronológico. No, los hechos del Pontificado de Pio IX se desenvuelven en su importancia conforme á un orden superior que no se presta á las clasificaciones de la cronología. En el Pontificado de Pio IX reina el orden, es cierto; pero ¿sabéis cuál orden? El orden de una batalla en que se mezclan los cielos y la tierra, en que aparecen revueltos en espectáculo el mundo, los ángeles y los hombres! Sentado esto, entremos á la inmensidad del asunto.

temiendo por otra parte que por su quebrantada salud le faltara á buen tiempo la fuerza física para desarrollar las dos partes de su proposicion, suprimió la 2.ª parte, y formó otro plan, reduciendo un pensamiento de la 2.ª á elemento de la 1.ª. Mas como el asunto todo es de actualidad y de interes palpitante, se determinó que al darse á la prensa el discurso saliera con toda la integridad del primitivo plan.

—Dios provee en todo tiempo á su Iglesia de los hombres que necesita. Este es un axioma ya de la Filosofía de la Historia. Y hé aquí tambien la explicacion sencilla del hecho del Pontificado del gran Pio.

Sí, señores. ¿Quién sino el niño Mastai Ferreti, carácter dulce y levantado á la vez, que se desarrollara acariciado por las brisas de Sinigaglia su Patria, cuna pintoresca de grandes hombres, y acostumbrado á la vista imponente del Adriático, á la contemplacion del grande elemento que con su inmensidad excita en las almas el sentimiento del Infinito: quién sino Juan María, es decir, el que asumiera en sí los nombres de las personas escogidas por Jesus para representar á la Iglesia en el periodo mas amargo de la Redencion; el nombre de Juan, del apóstol de castidad angelica, del discípulo predilecto que mereciera reclinarse en el pecho del Salvador, y bebiera allí á torrentes la inspiracion para historiar la vida del Verbo y penetrar á los pavorres del mas remoto porvenir; y el nombre de María, de María, el transunto mas acabado de la Divinidad, el bello ideal de Dios, realizado en la criatura: quién sino el párvulo que en tiernos años elevara entre gemidos sus plegarias al cielo al lado de su piadosa madre, llorando amargamente por los martirios del Pontificado: quién sino el distinguido escolar de Volterra y de Roma, que en pocos años abarcara con su vasta inteligencia las ciencias divinas y humanas: quién sino el amigo de Pontífices como Pio VI, Pio VII, Pio VIII, Leon XII y Gregorio XVI; y el diplomático de la Iglesia en América, preso en su travesía y librado maravillosamente de horrible naufragio; y el director y padre de los pobres de Tata Giovanni y de S. Miguel: quién sino el sacerdote ejemplar, el Arzobispo santo de Spoleto y Obispo y Cardenal de Imola, que librara de la muerte á tantos enemigos suyos y diera de limosna á los pobres hasta los candelabros de su uso: quién sino el alto personaje de la paloma misteriosa de Fossombrone, que, escrutador en el Cónclave, cae desfallecido y llora de congoja prosternado ante

venenosos y pútridos: el *Racionalismo*, el *Sensualismo* y el *Cesarismo*, con todas sus abominaciones y horrores.—Dado ese paso tan trascendental en la evolución histórica de los dogmas, el camino de la verdad se acertó. La dureza incorruptible de la roca, de la piedra viva sobre que descansa la Iglesia construida por Jesucristo, desde entónces quedó patente á los mas cortos de vista. El Papa es el lumínar del mundo. En la Cabeza de la Esposa del Cordero está el centro de las sensaciones divinas, de las inspiraciones celestiales. ¡Qué ventaja para la humanidad! En el torbellino que actualmente recorre el mundo de las inteligencias, ya no hay mas que asirse de la piedra romana. Allí, inmóvil, tranquila y majestuosa, y mirando sonriente hácia el porvenir, está sentada la verdad, la justicia, la libertad, la civilización. No teman, no, los hombres de buena fé quedar burlados en sus generosas aspiraciones. ¡No, no se ha ausentado de la tierra la luz para el hombre! ¡No, mil veces no, no está condenada la inteligencia á vagar errante y perdida, por las sombras heladas de la duda y de la ignorancia! ¡Pedro, enséñanos! basta que diga la humanidad, y en el acto se verá circundada por la luz meridiana en sus mas atrevidas excursiones. Con la definición dogmática de la infalibilidad pontificia, la verdad se palpa, la criteriología católica ha llegado á la cumbre de su desarrollo histórico.... ¡Gratitud eterna á vosotros, oh Padres del Vaticano, que tan perfectamente reflejásteis en vuestros juicios los sentimientos de la Cristiandad! ¡Gratitud á tí, oh Pedro, solícito Pastor de la Grey Jaliscience, que con tu *placet* imperecedero á la infalibilidad papal, ostentaste al mundo entero pura y radiante, como lo ha sido siempre, la fé de tu clero, la fé de tu pueblo, la fé de este Plantel científico, la fé..... sí, lo diré con orgullo, la fé mia!.... ¡Pero gracias, sobre todo, gracias al gran Pio IX, autor y confirmador del Concilio, que ¡oh coincidencia! en medio de tempestad deshecha sobre la Catedral de San Pedro, entre los resplandores azulados del relámpago que recorría las naves de la gran Basílica, y teniendo por eco el estampido del trueno que retumbaba en las inmensas bóvedas, como si Dios en aquellos momentos hu-

biera querido pintar en la naturaleza una imágen de las borrascas intelectuales que se desatan sobre el presente siglo, promulgaba con serenidad majestuosa y con voz de los cielos el dogma consolador, ley de luz y de verdad!—Y ¡oh encadenamiento de las obras ¡de Dios! ¡Oh Bondad inefable del Eterno, cómo premias á los que sirven! Si Pedro confesando la Divinidad de Jesucristo únicamente delante del Apostolado, mereció que Jesucristo le llamara la piedra angular de su Iglesia, á Pio IX, que no solamente defendió esa Divinidad en todas sus manifestaciones ante la gran familia humana en la plenitud del siglo XIX, sino que abriendo las puertas del cielo entró y á la vista del Universo coronó á la Madre del Verbo, con la guirnalda de la testificación dogmática de su pureza original, á Pio IX, digo, muy merecido, muy natural era que se le proclamara por el mundo la inteligencia infalible de la Esposa del Cordero.....! ¡Era necesario, sí, que esos mismos labios que al presente yacen ¡ay! infecundos y yertos en el recogimiento pavoroso de la tumba, aguardando reanimación futura, pero que en otro tiempo murmuraran ardientes el himno mas dulce que en loor de la Virgen sin mancilla escuchara la Creación, era necesario, repito, que fueran reconocidos como la fuente de sabiduría celestial de donde manaba poco ha cristalina y dulce la verdad y la justicia!.....

3.—Pio IX Macabeo contra la tiranía.

Si en el dogma fué Pio IX el Macabeo de la Iglesia, no lo fué ménos en las batallas libradas con su santa palabra contra los tiranos, perseguidores de los fieles.

Para comprender en este punto la energía, la grandeza moral del Pontífice difunto, es necesario remontarse hasta la altura de su amor á sus hijos. ¡Señores, bajo este aspecto Pio IX fué el verdadero Padre de la Cristiandad! Citaré algunos ejemplos en tal sentido, relativos á individuos y á naciones.

—Egregia fué la virtud de Fernando II de Nápoles, del rey hospitalario que tan dignamente acogiera en sus dominios al Pontífice fugitivo. Pues bien.—“Mil gracias, yo os bendigo mil veces mas. Adios, excelso monarca!”—decía Pio

IX bañado en lágrimas de ternura, estrechando largo rato contra su pecho al piadoso rey, y dándole las gracias á nombre suyo y de la Cristiandad por la hospitalidad de Gaeta. Muere O'connell en Suiza, de viaje para Roma, para Roma, cuyo pensamiento alimentaba la flama de su genio, y Pio IX deplora amargamente el fallecimiento del Libertador de Irlanda, y manda celebrar en el Vaticano solemnes exequias por el alma del héroe, encargando el elogio fúnebre del grande hombre al P. Ventura de Ráulica, al primer orador de Italia, quien por la magnitud del asunto divide su trabajo para pronunciarlo en dos dias.

Es asesinado por sicarios extranjeros de las sociedades secretas García Moreno, el Presidente de la República cristiana del Ecuador, el grande hombre de Estado que se adelantara á su siglo quién sabe cuántos años, el primer demócrata modelo que aplicara en toda su plenitud las doctrinas del *Syllabus* al desarrollo de las libertades públicas y á los progresos actuales, el gobernante mártir, en fin, que sucumbe clamando:—“¡Muero, pero Dios no muere!”—y Pio IX llora largo tiempo la desaparición del gran republicano, á quien llamaba “querido hijo, ilustre y honorable varon,” y solamente le consuela el saber que la sangre del héroe fecunda ya los campos de la verdadera democracia americana, democracia que se continúa, (siquiera sea por algun tiempo, que no será estéril en el porvenir de aquella nacion) contra las gestiones criminales de la masonería, en los consoladores mensajes que el Presidente Borrero y las Cámaras legislativas dirigieron al Padre de los fieles.

No solamente esto. El mismo tierno interes se revela en Pio IX por sus hijos descarriados.

Muere Cavour, el grande enemigo del Pontificado, el hombre á cuya funesta política se debe de una manera especial la situación presente del Jefe de la Iglesia; pero muere arrepentido, declarando, herido por un golpe de la divina gracia, que quiere arreglar su conciencia ántes de perder el uso de la razon, y recibiendo los auxilios de la Religion; y Pio IX ofrece el sacrificio del altar y manda que se celebren desde la aurora al mediodía dos misas continuas y simultá-

neas en dos altares enlutados al efecto en la Basilica de San Pedro, por el alma del que tanto le hiciera sufrir.

Encuétrase á las puertas de la muerte Victor Manuel, el consumidor de la grande iniquidad de los tiempos actuales, el usurpador del trono de la Iglesia; y Pio IX, que tantas veces habia llorado los descarríos del desdichado monarca, nieto de reyes santos, vela solfiteo los momentos del moribundo y con sus plegarias alcanza, por fin, del cielo, una ráfaga de luz que ilumine la conciencia tenebrosa del gran culpable. El rey del Piamonte vuelve en la última hora al gremio de la Iglesia, á pesar de los esfuerzos contrarios de la secta masónica y del mismo hijo heredero; y Pio IX, que, segun parece, tenia la clarovidencia profética del destino final de su perseguidor, se dice que contestó, al anunciarsele su fallecimiento:—“Ya lo sabia, y ya le habia perdonado. Ahora roguemos por su alma.”

¿Mas para qué seguir aduciendo ejemplos en este sentido? Pio IX estrechaba contra su corazon con toda la ternura de su alma á todos sus hijos, principalmente á los pequeñitos, á los que el mundo pierde siempre de vista.

—Pasemos á las naciones.

Azota hambre espantosa á la Irlanda, al pueblo martirizado por el protestantismo anglicano; y Pio IX, ademas de remitir cuantiosos donativos, dirige una Encíclica á la Cristiandad para excitar su compasion en favor de la atribulada isla, Encíclica de fecundos resultados y que le cubre de gloria ante los mismos disidentes.

Sufre México los horrores de la impía Reforma, que cual hiena del infierno destroza con furor satánico á los infortunados hijos del igualmente infortunado Iturbide; y la tribulacion de los mexicanos parte de dolor el corazon de Pio IX. “Por el Cordero de Dios que borra los pecados del mundo, y de quien se deriva todo poder!” con estas palabras conjuraba el Pontífice á Maximiliano y á Carlota, en el momento de teñirse los labios de los príncipes con la sangre de Jesucristo, á que aliviaran los inmensos infortunios del pueblo mexicano y labraran la dicha temporal y espiritual de su nueva Patria. Los ilustres personajes derramaron lágrimas subli-

el Eterno, al sentir sobre sus hombros la penosa carga del Pontificado que por aclamacion recibiera del Sacro Colegio: quién, en fin, sino Pio IX, el gran Pio IX, habia de ser el Papa de la plenitud del Siglo XIX, del gran siglo que puede llamarse con orgullo el siglo de O'connell, de García Moreno, de Lacordaire, de Balmes, de Valdegamas, de Ventura de Ráulica, de Ravignan, de Ozanam, de Wisseman, de Gerbet, de Montalembert, de Bonald, de Chateaubriand, de Mermillod, de Newman, de Félix, de Secchi, de Kleutgen, de Manning, de Nájera, de Munguía, y de tantos y tantos otros, cuya grandeza brilla con los fulgores del Pontificado como la luna con el sol?.... Ah! señores, ¿con razon la Iglesia ha ceñido la diadema de tantas glorias en ese periodo sublime de lucha!.....

—Mas ya está Pio IX en las eminencias del Papado. De pié sobre el peñasco del Capitolio, el nuevo Pontífice abarca de una mirada el campo de Israel, el campo de la Iglesia, que se extiende del cielo á la tierra, y el campo enemigo. Ve al genio del mal, que marcha con todas sus fuerzas á la conquista y destruccion del reino de Dios; y lleno el guerrero evangélico de una fé inquebrantable en la fuerza divina del Pontificado, desnudando el acero de la Revelacion, y embrazando el escudo de la razon y de la justicia, cual Macabeo de la Religion se lanza sublime á la arena, resuelto á glorificar á Dios con una victoria universal que interese á los cielos y á la tierra! Espectáculo fué este que dejó absortos al mundo, á los ángeles y á los hombres! Y el éxito mas cabal correspondió al arrojo sublime del Pontífice. La Iglesia apareció radiante de gloria mas que nunca en los cielos y en la tierra. Pio IX fué, sí, el glorioso Macabeo del Pontificado en el dogma, en las luchas contra la tiranía, en la defensa de su principado civil, baluarte de la civilizacion, y en la reconstruccion y afianzamiento de la Iglesia de Jesucristo. Vamos á verlo por partes.

2.—Pio IX Macabeo del dogma.

El mundo vegetaba en el lodo sucio de los sentidos. El positivismo racionalista y materialista de los tiempos actuales entonaba ya, coronado de flores, hosannas á la deificacion del hombre, empujándolo así traidoramente á la sima de la mas asquerosa degradacion. ¿Qué hace Pio IX?..... Levanta su mirada á las alturas; penetra hasta el fondo del pensamiento de Dios; lee allí, á los fulgores de la enseñanza católica, la verdadero exaltacion de la humanidad; y anima do su semblante de un fuego divino, con un acento celestial en que se escuchan las armonías de la inspiracion, pinta de un rasgo con su palabra infalible, definiendo la Inmaculada Concepcion de María, la grandeza legitima de la criatura. ¡Oh DIA OCHO DE DICIEMBRE DE 1854! ¡Dia de fiesta para el cielo, de júbilo para la humanidad! ¡Dia imperecedero en que María, la Virgen-Madre, la mujer emparentada con la Trinidad, el cielo de Dios, la idea primordial en cierto modo del Plan Divino, la restauradora del universo, el lazo místico del Infinito con lo finito, fué coronada por delegacion divina, á la vista del mundo, por Pio IX, por el nuevo Juan á quien Jesus encomendara en un órden superior la honra de su Madre, y fué coronada con la corona incorruptible de oro purísimo, con la corona del testimonio que de su pureza virginal rindiera la fé de los siglos, fé sellada con seiscientas respuestas del Episcopado, clamor de la creencia del siglo presente, y fé celebrada por todas las formas bellas de la palabra, por los progresos de la Lingüística, de esa jóven ciencia que tradujera todos á los idiomas y dialectos del mundo la Bula Dogmática, y por los soberbios monumentos que por donde quiera levantara la piedad de los pueblos! Entónces tambien, oh Patria, resonó sublime tu voz allá en la *ciudad eterna*, en la fé inmaculada que irradió allí de la Iglesia Mexicana! Entónces, ¡oh Guadalajara! resplandeció allende los mares tu tierna devocion á la Virgen sin mancha, en la ciencia profunda y levantada de tu Pastor inmortal, del *santo y sabio* Espinosa!..... ¡Qué gloria para Pio IX, señores! Haber sido el Pontífice de María, el arcángel humanado que el Eterno enviara á la Edad Moderna á desempeñar la mas bella embajada, mision com-

plementaria de la Anunciación de Nazareth! ¡Qué gloria para el Pontífice que lloramos, que el siglo XIX, en medio del orgullo que le inspiran sus telégrafos eléctricos, sus ferrocarriles, sus máquinas de vapor y todos los demás milagros babilónicos de la industria moderna, haya proclamado la limpieza del alma de la criatura, su unión íntima con Dios, como la fuente purísima de toda su excelencia! ¡Salve mil veces, inmortal Pio IX, salve!

Una vez remontado Pio IX á tales alturas, ya nada en él es maravilla. Levantando por otro lado una punta del velo que cubre los misterios de la *Ciudad de Dios*, allá en el puesto más distinguido después del de María, muestra á José, al artesano de Nazareth, al Obrero humilde que por su inocencia, justicia y virtud mereciera el desposorio de la Madre de Dios, de la Esposa del Divino Espíritu, y la paternidad adoptiva del Verbo; y haciéndolo amigo y protector universal de la humanidad, para que sobre todo la familia y la clase obrera copien en sí mismas tan bello modelo, inicia de esta manera la gran reforma, la reforma radical de la sociedad, y zanja los cimientos de la regeneración de esas masas proletarias, que la Internacional empuja á la catástrofe, trabajadas hoy y embrutecidas por el socialismo y el comunismo.

¿Y qué diré de los honores tributados por Pio IX á tantos héroes de la virtud y mártires del Evangelio, honores en que toca á México una participación sublime por su heroico Felipe de Jesús; qué diré de tantas beatificaciones y canonizaciones verificadas por el gran Pontífice para levantar á las regiones de los altos ideales el espíritu de los pueblos, que tienen la frente hundida en el polvo, que pelean hasta el exterminio por un pedazo de tierra, y para enardecer el valor de la Iglesia militante, manifestándola, en medio del esplendor del culto católico en la gran Basílica de S. Pedro, la gloria de que tantos vencedores en el campo de la virtud están cubiertos en la Iglesia triunfante?

Ah! señores, cuando miro todo esto, cuando yo contemplo á Pio IX en tales alturas, se me figura que un hombre que

de tal manera entraba á cada momento á los cielos, que se internaba hasta el Reclinatorio del Altísimo, no debería ya jamás trocarse en el polvo vil de la tierra, como los otros míseros descendientes de Adán!..... Y sin embargo, es una triste y tremenda realidad!..... ¡Qué síntesis de grandeza y de miseria es el hombre!.....

—Bosquejada esa excursión de Pio IX por los cielos, véamosle ahora entregado á la glorificación de la Iglesia en la tierra.

La herejía, ebria de orgullo, y recogidas todas sus huestes, preparaba ya el asalto universal contra la *Ciudad de Dios*, hasta destruirla, ararla y sembrarla de sal, como se hacía en las guerras de los tiempos paganos, es decir, para borrar del haz de la tierra hasta el nombre cristiano. Nunca el poderío del infierno se había presentado á la lid con tanta pujanza. El error en todas sus formas, con todo su bagaje y elementos de guerra, circunvalaba ya con sus masas compactas el campo católico. Pio IX, que lo ve todo, siente hervir en su pecho indignación sacrosanta, sube á la altura del Pontificado, y desde allí, con el *Syllabus* en la mano, con esa arma fulgurante que dispara rayos por todos sus lados, fulmina rápida muerte sobre el centro de las filas contrarias, y pronto el espanto, y la fuga, y la derrota, son la suerte de las bandas anticatólicas!.....! Señores! cuando yo contemplo á Pio IX, al hombre mismo, sí, cuya existencia acaba de pasar como el grano de polvo que arrebató el viento y se tragan los espacios; cuando yo contemplo al anciano Pontífice, parado sobre la roca eterna del Vaticano, con los rayos de la inspiración en su frente, con la claridad del cielo derramada en todo su porte sereno y terrible á la vez, teniendo en sus manos la Encíclica *Quanta cura*, que asume en su fondo la destrucción de los errores de moda, y ostentando los demás anatemas lanzados á la herejía y al crimen, hablando á las muchedumbres *urbis et orbis* con ese

decálogo mas imponente y completo que el escuchado por Israel en el silencio del desierto, ¡oh! mi espíritu entónces se siente abrumado ante tanta grandeza! y entónces Moisés, el mismo Moisés, en el monte Sinaí, con su *facies cornuta*, como dice la Escritura, teniendo en sus manos las Tablas de la Ley, entre el retumbo del trueno y el resplandor del relámpago, comunicando á Israel aterrizado las voluntades de Jehová y cubriendo de imprecaciones espantosas á los reos de los mandamientos divinos, el mismo Moisés, repito, el gran Moisés, apénas me parece una soberbia metáfora de Pio IX, una valiente alegoría del drama viviente en que el Eterno canta el sublime divino de la Historia Humanitaria! ¡Oh grandeza del Catolicismo!

—No descansó en esto el corazon de Pio IX. Quiso mostrar al mundo en toda su plenitud la hermosura de la Esposa del Cordero, y abreviar á las almas el camino de la verdad, para que sus enemigos ó quedaran cegados al fulgor de su divina claridad, ó cayeran de arrepentimiento prosternados á sus plantas..... Habla pues Pio IX, y contra las previsiones del genio, el Episcopado católico, como si lo arrebatara mágico viento, como si lo impulsara el sople de Dios, vuela de todas partes á la *ciudad eterna* en alas de la electricidad y del vapor. Las bahías se agitan en todas partes. Los mares resuenan con el entusiasta *alleluya* y con el místico *Ave maris Stella*. Las locomotoras oyen los cantos de David, y los wagones escuchan las vidas de los Santos. Qué espectáculo! El Senado de los ancianos del orbe se reúne. Roma, la señora del mundo, se deja ver sentada en su trono con una majestad nueva toda celestial. Allí están los hombres de todas las razas, nacionalidades é idiomas. Allí se encuentra lo mas granado del mundo en ciencia y virtud. Allí se ve á los Pastores de la Mexicana Grey. Allí figuras tú, oh Pedro Venerando, Ilustre Jefe de la Iglesia de Guadalajara; allí te hallas tambien, pronto al llamamiento de tu Hermano, pronto á dirigir tu milicia y tu pueblo al lugar del combate, que te designe tu Caudillo. Qué Asamblea tan magnífica! El siglo del parlamentarismo quedó atónito ante el gran Parlamento

del Vaticano, ante el Parlamento cosmopolita en sentido sublime, en que 800 Patricios de la Internacional Católica legislan para el mundo y en que piden la tribuna 120 oradores, 120 cicerones trasfigurados ventajosamente por el Evangelio. ¡Qué gloria para el Catolicismo, señores! En vano se situó frente á frente de ella la gloria de la industria y del ingenio en la Exposicion de Paris. La política no pudo realizar con el atractivo de la materia en sus triunfos mas espléndidos el ensueño de un congreso de los soberanos de la Europa. La diplomacia de Napoleon III apareció en toda su ridícula impotencia. ¡Y Pio IX con una sola palabra se lleva al momento hácia Roma las miradas del orbe y tiene á su lado á los soberanos de las almas en toda la redondez de la tierra! Entónces se reveló en toda su plenitud la unidad católica. La gran familia cristiana vióse reunida como por ensalmo en sus representantes mas ilustres en rededor del Padre comun. Entónces el Ejército de Dios se presentó en el campo, compacto y terrible, en órden de batalla. Entónces la Hija del Altísimo saltó á la arena, mas hermosa que nunca, vestida con su traje militar, deslumbrando á las gentes con sus aderezos de oro y pedrería, *in vestitu deaurato, circumdata varietate*..... ¡Señores, esto solo bastaba para inmortalizar al gran Pio! Sí; el Papa del último Concilio será siempre considerado como un milagro de la historia contemporánea!

Pero la sed de Pio IX por la gloria de la Iglesia era insaciable. La Asamblea Vaticana no solamente fué la revelacion de la potencia bélica del Catolicismo; no solamente trituró y dió el golpe de gracia á los errores fundamentales de la época, teniendo necesidad ¡ay! de defender, ¡qué oprobio para la sofistería del siglo XIX! la existencia del Ser Supremo; sino que definiendo la infalibilidad pontificia, apretado así el nudo de la unidad católica, secó la raíz del árbol de las turbulencias y disensiones en la familia cristiana, árbol funesto que diera por flores amarillentas, tristes y pestilentes el *Galicismo* y el *Catolicismo-Liberal*, y por frutos